

Pesadillas mexicanas

I. Insomnio

Sí, estamos en pleno desastre: México se hunde, ya lo sabemos. Pero cerremos los ojos un momento: hablemos de poesía. Cerremos los ojos: intentemos soñar con algo que pudiésemos llamar Poesía Mexicana: algo conformado tanto por el corpus de poemas escritos en México o por mexicanos como por los conceptos de poesía a los que ese corpus aspira. Cerremos los ojos: a la poesía mexicana le gusta cerrar los ojos: no mirar la realidad. Le gusta cerrar los ojos: hacer como si soñara. Como si: porque, digámoslo de una vez, la poesía mexicana rara vez sueña: la misma realidad que no quiere ver le impide dormir: está nerviosa. Así es que abramos los ojos: la poesía mexicana no tiene sueño: es insomne. No tiene sueño: tiene ideas. La poesía mexicana no sueña: la poesía mexicana piensa mientras finge o intenta soñar. Para luego abrir los ojos y rematar diciendo variaciones del verso aquel con el que concluye sor Juana Inés de la Cruz el “Primero Sueño”: “...el mundo iluminado y yo despierta”.

 **LUIS FELIPE FABRE**

para Juan Carlos Bautista

2. EL SUEÑO DE LA RAZÓN PRODUCE MONSTRUOS

El “Primero Sueño”, ya lo han explicado sus estudiosos, es un sueño de *anábasis* en el que el alma se eleva sobre el mundo físico hacia el mundo de las ideas: hay antecedentes en prosa pero éste es el primero en verso. Habría que decir que se trata de un sueño de la razón: la alegoría de las noches en que sor Juana se avocó al estudio. Una mente despierta en medio de la oscuridad. Un sueño que en realidad es un insomnio. El insomnio fundador de la poesía escrita durante esa larga noche llamada México.

Podría leerse entonces ese misterioso calificativo de “primero” (ya que no hay un “segundo sueño”) que ostenta el poema en su título como un aviso de fundación: una primera piedra, pero piedra metafísica, piedra ideal. Las consecuencias de ese gran poema para la poesía posterior son incalculables.

Por una parte, con Sor Juana, el lenguaje poético de la colonia alcanza la misma altura que el lenguaje poético de la metrópoli en su máximo esplendor, es decir, el Siglo de Oro. Sor Juana nada le pide a Góngora o a Quevedo. Esto marca una relación literaria distinta con el idioma. Tal vez de allí podría rastrearse la falta de rebeldía frente a la lengua española que, a diferencia de otras regiones de Latinoamérica ideomáticamente más aguerridas como Argentina, caracteriza a la poesía mexicana. Baste recordar a Paz diciendo: “la lengua es una”.

Por otra parte, con el “Primero Sueño”, sor Juana hace de la poesía un espacio del pensamiento. La poesía, que suele entenderse como el sueño de la lengua, su delirio, es convertida por sor Juana en el insomnio de la lengua, es decir, en especulación filosófica. Con el “Primero sueño” se funda el insomnio en la poesía mexicana: el orden se trastoca: el sueño deviene noche de estudio, el delirio deviene reflexión y el poeta deviene pensador. Tal vez de allí podría rastrearse una de las vertientes más poderosas de la poesía de nuestro país, al menos esa que pasa por Gorostiza y desemboca en Paz: la de la poesía intelectual: el poema como fruto de la inteligencia, el poema como un ejercicio intelectual y erudito. Insomnio es “Muerte sin fin” e insomnio es “Blanco”. No es casual que Haroldo de Campos escriba en “Transblanco”: “Tomé la mezcalina de mí mismo / y pasé la noche en claro / traduciendo ‘Blanco’ de Octavio Paz”.

Por ello, no deja de resultar paradójico que Paz concluya el “Apéndice” a *El laberinto de la soledad* con estas palabras:

El hombre moderno tiene la pretensión de pensar despierto. Pero este despierto pensamiento nos ha llevado por los corredores de una sinuosa pesadilla, en donde los espejos de la razón multiplican las cámaras de tortura. Al salir, acaso, descubriremos que habíamos soñado con los ojos abiertos y que los sueños de la razón son atroces. Quizá, entonces, empezaremos a soñar con los ojos cerrados.

Paz no está hablando de la poesía mexicana, pero traicionando su sentido original bien podría resignificarse aplicándolo a su propia obra. Porque también hay que decirlo: qué raro país es éste donde los poetas quieren ser filósofos: ¿será que la realidad está tan enloquecida o es tan salvaje que el poeta, al que tradicionalmente le tocaría ser el loco, se ve obligado a asumir el papel de lúcido? Porque la poesía mexicana no está loca: sólo está un poco mal de los nervios. Los nerviosos poetas mexicanos en nada se parecen a aquellos que Platón expulsó de su República. Sí, el sueño de la razón produce monstruos.

3. OTROS TRASTORNOS DEL SUEÑO

El “Primero Sueño” es el poema fundacional de la poesía mexicana, como se puede constatar en las consecuencias líricas de cierta línea de poemas posteriores: sueños sin fin que no son sueños sino reflexiones: noches de insomnio, a lo sumo duermevelas. Aunque los poemas no sean conscientes de ello, aunque el insomnio no sea tan acusado, la poesía mexicana sufre en mayor o menor medida de trastornos del sueño. Incluso en la poesía del siglo XIX, a la que sor Juana aparentemente no tenía nada que decir, empeñada como estaba esta poesía en su proceso de independencia, incluso allí es posible rastrear trastornos del sueño.

El siglo XIX sueña con una Nación. En este sentido, uno de los poemas más emblemáticos del periodo es la “Profecía de Guatimoc” (1839), un extrañísimo texto donde Ignacio Rodríguez Galván conversa, en un sueño visionario, con el fantasma de Cuauhtémoc.

Un sueño donde la mente, otra vez, está más despierta aún que en la vigilia:

Mi mente es negra cavidad sin fondo
y vaga incierto el pensamiento en ella
cual perdida paloma en honda gruta.

¿Fue sueño o realidad? Pregunta vana...
Sueño sería, que profundo sueño
es la voraz pasión que me consume...

Más adelante el poeta despierta, pero a diferencia de sor Juana, Rodríguez Galván no abre los ojos a un mundo iluminado sino a la realidad pesadillesca de un país convulso: "...Desperté súbito / y el bello Edén desapareció ante mis ojos...". Y el sueño perdido se convierte en la profecía o en la nostalgia del sueño de la muerte que encontraremos en futuros poemas mexicanos. Rodríguez Galván escribe al final de su poema:

¡Venid, sueños, venid! Y ornad mi frente
de beleño mortal: soñar deseo.
Levantad a los muertos de sus tumbas:
quiero verlos sentir estremecerme. . .
Las sensaciones mi alimento fueron,
sensaciones de horror y de tristeza.
Sueño sea mi paso por el mundo,
hasta que nuevo sueño, dulce y grato,
me presente de Dios la faz sublime.



El poeta abre los ojos a una vigilia amenazada por una realidad de pesadilla ante la que desearía volver a cerrar los ojos ahora en el sueño de la muerte y en ese sueño mirar a los muertos alzarse. Ambos deseos se cumplirán muchos años después en un poema de Ramón López Velarde. Por su parte, el desquiciamiento del orden entre sueño y realidad encontrará, en cambio, su más lograda expresión en los *Nocturnos* de Xavier Villaurrutia:

Nocturno miedo

Todo en la noche vive una duda secreta:
el silencio y el ruido, el tiempo y el lugar.
Inmóviles dormidos o despiertos sonámbulos
nada podemos contra la secreta ansiedad.

Y no basta cerrar los ojos en la sombra
ni hundirlos en el sueño para ya no mirar,
porque en la dura sombra y en la gruta del sueño
la misma luz nocturna nos vuelve a desvelar.

Entonces, con el paso de un dormido despierto,
sin rumbo y sin objeto nos echamos a andar.
La noche vierte sobre nosotros su misterio,
y algo nos dice que morir es despertar.

¿Y quien entre las sombras de una calle desierta,
en el muro, lívido espejo de soledad,
no se ha visto pasar o venir a su encuentro
y no ha sentido miedo, angustia, duda mortal?

El miedo de no ser sino un cuerpo vacío
que alguien, yo mismo o cualquier otro, puede ocupar
y la angustia de verse fuera de sí viviendo
y la duda de ser o no ser realidad.

Los *Nocturnos* de Villaurrutia, en su perfección formal, son en su mayoría insomnios, y cuando duerme, los sueños transcurren en paisajes tan espeluznantemente geométricos como los obeliscos y las formas puras que avistara sor Juana en su sueño. Claro que el deslumbramiento del conocimiento en Villaurrutia ha cedido paso al terror. Si algo caracteriza a Villaurrutia es la ansiedad. Sus insomnios devienen en ataques de pánico (y el rigor formal deviene en el intento de una

estrategia para controlarlos: los versos como ecuaciones algebraicas, la métrica como juegos matemáticos para distraer a la razón). Y son justamente estos ataques de pánico los que los vuelven de una sensibilidad absolutamente moderna. Mucho más moderna que el vigoroso optimismo estridentista. Pero el ataque de pánico, también hay que decirlo, es en última instancia un ataque de lucidez y su naturaleza es intelectual. Cualquiera que haya padecido uno lo sabe: es una radical consciencia del cuerpo y sus funciones, del paso de la sangre, de los latidos del corazón. El ritmo, por ejemplo, del “Nocturno de la estatua”, es el de una respiración agitada, entrecortada, acelerada, en verdad una hiperventilación: “Soñar, soñar la calle, la estatua, la escalera...”. En la noche donde sor Juana ve la posibilidad de conocer, Villaurrutia ve la señal de la muerte. O mejor dicho: el conocimiento de Villaurrutia es el conocimiento de la muerte.

Por otra parte, el erotismo de los *Nocturnos* es también una reacción para aferrarse a la vida: una estrategia distinta pero que busca cumplir la misma función que su geométrica perfección formal. Una confesión: durante la temporada que padecí ataques de pánico, mi modo personal de combatirlos fue mirando pornografía: un conjuro vital que oponer a Tánatos. Un ataque de pánico no es un miedo irracional, como muchos han querido entender, es una toma de consciencia de la muerte de la que la reflexión, a pesar de sus esfuerzos, no logra consolar. No es delirio sino lúcida e implacable certidumbre: somos mortales y corremos peligro. Cualquier reflexión en torno es mera evasión (que a su vez funciona como concentración). Pornografía salvífica.



4. EL SUEÑO DE LOS MUERTOS

Tal vez el único poeta verdaderamente delirante, es decir, el único poeta antiguo, sea, en México, Ramón López Velarde. Porque realmente sor Juana ya era moderna. En la poesía de López Velarde el verbo es impredecible: más que a la lucidez, a la reflexión, a la consciencia, al conocimiento, sus versos apuestan por el lirismo imposible: la revelación absurda, chispeante, inusitada. Otra cosa

que lo distingue: López Velarde no le teme al ridículo. Por eso puede delirar. Su poema “El sueño de los guantes negros” es, quizá, en su delirio, el único poema realmente visionario de la poesía mexicana.

Aunque “La Suave Patria” es la piedra de toque de toda una iconografía lírica y sentimental nacional que ha sido utilizada para crear una imagen del México

posrevolucionario, lo cierto es, como ha señalado José Emilio Pacheco y más recientemente ha profundizado Juan Carlos Bautista, que la imagen fantástica del país que López Velarde construye en su poema tiene más que ver, paradójicamente, con el México que se perdió en la Revolución. O que ha estado perdido desde siempre: el Edén perdido que menciona Rodríguez Galván en su poema, el “Edén subvertido” de “El retorno maléfico”, eso, en suma, que llamamos “el México que se nos fue”.

López Velarde presenta la verdadera visión del México futuro en “El sueño de los guantes negros”, como un paisaje apenas dibujado: un telón de fondo que

EL LENGUAJE DE LA RAZÓN DEJA PASO AL DELIRIO, COMO ANTIGUAMENTE O COMO POR PRIMERA VEZ. NO YA "LA SUAVE PATRIA", SINO LA CIUDAD HUNDIDA, SEPULTADA BAJO EL LAGO SOBRE EL CUÁL SE ERIGIÓ. LA PÉRDIDA YA NO EN EL PASADO SINO EN EL PORVENIR.

sirve de escenario al despliegue del deseo fetichista: los guantes negros de la amada perdida y resucitada. En verdad se trata de un poema del Apocalipsis:

Soñé que la ciudad estaba dentro
del más bien muerto de los mares muertos.
Era una madrugada del invierno
y lloviznaban gotas de silencio.

No más señal viviente, que los ecos
de una llamada a misa, en el misterio
de una capilla oceánica, a lo lejos.
De súbito me sales al encuentro,
resucitada y con tus guantes negros.

Para volar a ti, le dio su vuelo
el Espíritu Santo a mi esqueleto.

Al sujetarme con tus guantes negros
me atrajiste al océano de tus senos,
y nuestras cuatro manos se reunieron
en medio de tu pecho y de mi pecho,
como si fueran los cuatro cimientos
de la fábrica de los universos.

¿Conservabas tu carne en cada hueso?
El enigma de amor se veló entero
en la prudencia de tus guantes negros.

¡Oh, prisionera del valle de México!
Mi carne... de tu ser perfecto
quedarán ya tus huesos en mis huesos;
y el traje, el traje aquel, con que tu cuerpo
fue sepultado en el valle de México;
y el figurín aquel, de pardo género
que compraste en un viaje de recreo...

Pero en la madrugada de mi sueño,
nuestras manos, en un circuito eterno
la vida apocalíptica vivieron.

Un fuerte... como en un sueño,
libre como cometa, y en su vuelo
la ceniza y... del cementerio
gusté cual rosa...

Un poema del fin de los tiempos en el que se cumple la petición de Rodríguez Galván: "Levantad a los muertos de sus tumbas: / Quiero verlos sentir estremecerme..." Pero un poema también donde se lleva a su consecución última el sueño de una nación que acariciaron los románticos: su destrucción. Si el sueño de sor Juana, en cuanto aventura del conocimiento, es parte de un proceso civilizatorio, en este sueño nos encontramos con el fin de la civilización. El lenguaje de la razón deja paso al delirio, como antiguamente o como por primera vez. No ya "La suave patria", sino la ciudad hundida, sepultada bajo el lago sobre el cuál se erigió. La pérdida ya no en el pasado sino en el porvenir. No ya el deseo de la construcción de un país, sino versos para después de la catástrofe, para después de esa muerte tan temida y deseada por Villaurrutia: versos que hablan de una resurrección subacuática contra toda lógica y contra toda probabilidad. Aquí encontramos, finalmente, un poema que sobrepasa la razón: sobrepasa el insomnio y se permite soñar: se permite morir. Un sueño del que López Velarde aún no despierta. Un poema aún más enloquecido que nuestra realidad. Un poema para leer en estos momentos en que México se hunde. Un nuevo nacimiento o un segundo sueño